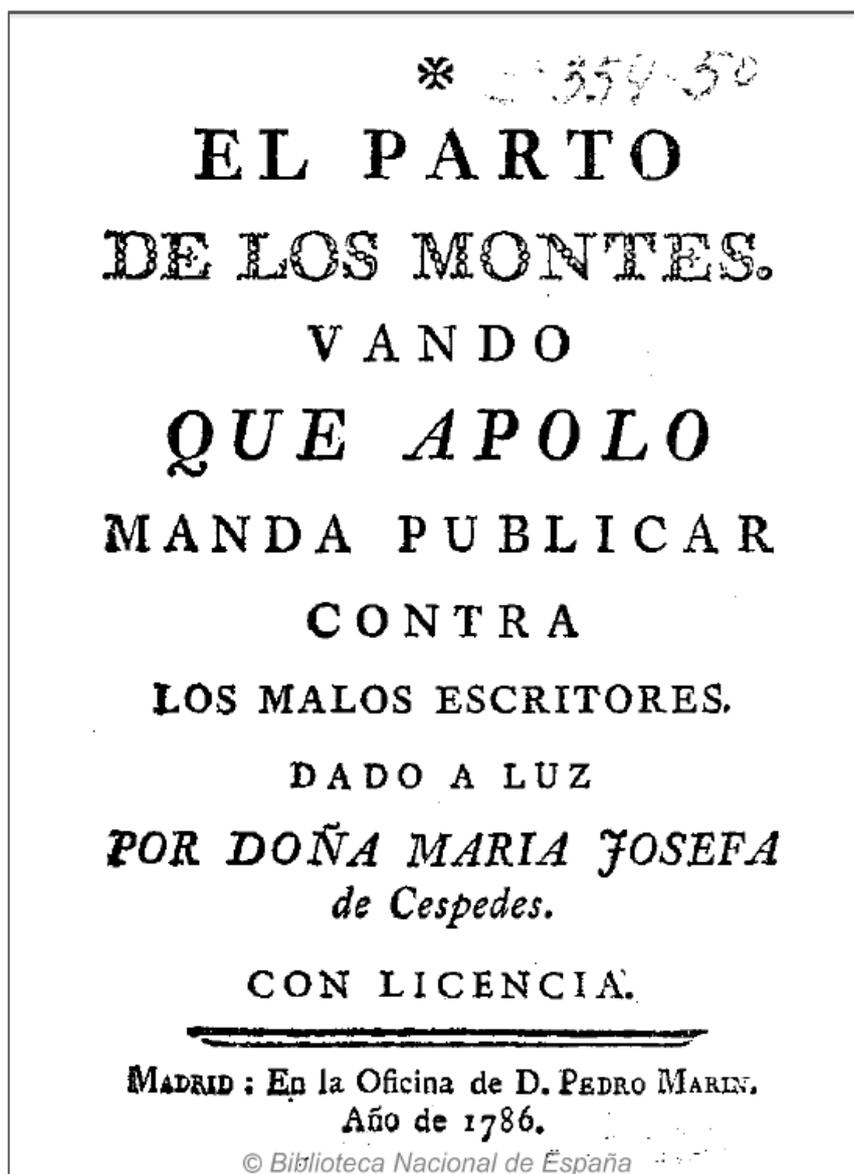


AUTORA	Céspedes, María Josefa de
TÍTULO	<i>El parto de los montes: vando que Apolo manda publicar contra los malos escritores</i>
DATOS BIBLIOGRÁFICOS	Madrid: Imprenta de Pedro Marín, 1786, 14 pp.
EJEMPLAR	Biblioteca Nacional Española, VE/354/50
NOTAS	
EDICIÓN	Beatriz Domínguez Galindo
RESPONSABLE	María D. Martos





[p. 1] [Portada]

El parto de los montes. Vando que Apolo manda publicar contra los malos escritores. Dado a luz por Doña María Josefa de Céspedes. Con licencia.

Madrid: en la oficina de D. Pedro Marín. Año de 1786.

[p. 2] [En blanco]

[p. 3]

[Adorno tipográfico en forma de cadena]

Un ratón soy, que en soledad gustosa habitaba la falda de Parnaso, sin atreverme a penetrar su cima, por no acercarme al délfico Palacio.

Huyendo del bullicio de su Corte, procuraba estar siempre retirado en el más hondo centro de mi albergue, centro que era también de mi descanso.

Nunca pisé la margen de Aganipe, ni percibí los trotes del Pegaso, ni de las nueve hermanas a mi oído llegó jamás el delicado canto.

Pues mi tranquilidad y mi reposo eran solo el imán de mis cuidados, temiendo que alterase mi sosiego aun del Céfito suave el eco blando.

De esta, pues, dulce paz, en que vivía, me sacó la desgracia de un acaso; ¿más cuando los acasos no estuvieron prontos a incomodar a un desdichado?

Este fue que, saliendo una mañana a buscar mi sustento por el campo, hallé trocada su aspereza inculta en un suntuoso solio soberano.

Quedé suspenso al ver aquel prodigio, [p. 4] y confuso, dudoso, y admirado, sin hallar ni aun acción para la fuga, todo mi aliento se rindió al desmayo.

Vi a Apolo que, sentado en su real trono, con semblante severo, y muy airado, echando fuego por mejillas y ojos, flechaba de ellos furibundos rayos.

Sentadas a un lado las tres Gracias, y las hermanas nueve al otro lado, mirando a todas partes las impuso con su sañudo aspecto, horror y espanto.

Estad atentas a mi voz, las dice, sabréis el fin para que os he llamado: este, pues, es, que la infeliz España hoy este memorial puso en mi mano.

En él se queja de que por sus hijos fallece la grandeza de su Estado, pues metiéndose todos a escritores el cultivo abandonan en sus campos.

Todo Madrid se vuelve papeluchos, cartas, sátiras, necios entusiasmos, siendo la burla de los extranjeros, la que de todos fue la envidia y pasmo.

¿Más para qué me canso en referirlo, cuando este memorial podrá informaros?

Dióselo a Melpomene, que en el punto leyó la queja y todos escucharon.

“Poderoso Señor, la triste España [p. 5] a vuestros reales pies ansiosa llega a querellarse de la turba ciega de escritores, que inundan su campaña.

Ha cundido ya tanto esta cizaña, que es solo la cosecha, que a ver llega, papelones en monte, prado, y vega, y hasta en la más incógnita cabaña.

Si esta plaga, señor, no se remedia por vuestra augusta poderosa mano, morirá en la congoja que la asedia, pues no puede alcanzar esfuerzo humano a que suelte la pluma, ya tomada, mano que debe manejar la azada”.

Luego que el memorial se hubo leído quedó Apolo suspenso por un rato, observando en los rostros de las ninfas de sus pechos el mudo sobresalto.

Hallolas sorprendidas del asombro que las causó un suceso tan extraño, y, embargando la voz el sentimiento, puso el dolor candados a los labios.

La una mira confusa y triste al suelo; otra al Cielo las cejas arqueando; aquella puebla el aire de suspiros, y ésta riega la tierra con su llanto.

Viendo, pues, Febo, que en su hermoso Coro ésta nueva produjo tan contrarios afectos, en que todas transportadas [p. 6] no volvían en sí de su letargo, rompió el mudo silencio en que aquel sitio estaba sumergido y sepultado, diciendo: “Hermosas ninfas, este día de mi justicia se verán los rasgos.

España se me queja, que en sus hijos alberga, sí, sus más fuertes contrarios y que, en vez de rendirla gratitudes, con desprecio la arrojan de sus brazos.

Ella, abundante y rica, les ofrece en sus minas, sus mares, y sus campos tesoros tan inmensos, que pudieran satisfacer el genio más avaro.

Pero ellos, como pérfidas langostas, esterilizan mieses y sembrados, viciados solamente en la cosecha que en sus plumas les dan sus toscos rasgos.

Antes que a mí acudiese, en sus congojas, como amorosa Madre, ha procurado volverlos en su acuerdo, por los medios suaves de abundancias y de halagos; pero ingratos al bien de su fortuna, en lugar de mirar por los aplausos repetidos al lustre de sus glorias, todo su esplendor -dice- la han turbado.

Escribiendo los unos mil destellos, otros solo metidos a Aristarcos, y todos traficando en el comercio [p. 7] de su saber como si fuera grano.

Hasta llegar, por último, de alguno el arrojo, atrevido y temerario, a profanar el templo de mi fama con sueños torpes que fingió el letargo.

Ofreciendo erigir para censura un *Juzgado Casero*, más de grajos, que a los cisnes perturbe su armonía y saque su dinero a los incautos.

Viendo, pues, que no encuentra ya esperanza, porque el mal va subiendo a lo más alto, recurre a mi favor, implora el brío, con que yo la redima de este daño.

Estos son los motivos que me obligan a haberos a este sitio convocado, porque todas seáis fieles testigos de la injusticia con que muevo el brazo.

Sientan los españoles mis enojos, pues atrevidos, locos, temerarios, despreciando las quejas de una madre, mi justa indignación han excitado.

Conozcan que lo grande de esta ofensa, de modo mi piedad ha desterrado, que mis rayos que ayer les daban vida sean hoy los ministros de su estrago”.

A desplegar los rayos de su furia el irritado Apolo iba ya, cuando se levantó Tersicore, graciosa, [p. 8] diciéndole, anegada en tierno llanto: “Claro Padre del día, sacro Apolo, pues vivificas todo lo criado, ostenta en este día tus piedades, muévate, gran Señor, mi triste llanto.

No me opongo, Señor, a tus decretos, lo que te ruego es solo, que el amago y el aviso preceda a la justicia, y esto espero que baste a remediarlo.

Amonéstales antes y, pues solo su mayor culpa es ser escriturarios, quítales el papel, quema las plumas, y con esto los dejas desarmados.

Y si esto no bastase a contenerlos, yo misma entonces vibraré tus rayos, trocando las piedades que ahora esfuerzo en las solicitudes de su estrago.

Esta palabra os doy y sin la vuestra, de que estaréis con ellos más humano, hasta ver si el aviso los contiene, no me he de alzar de vuestros pies sagrados”.

Viendo Apolo a la ninfa de esta suerte, compadecido de su tierno llanto, con el semblante ya más apacible, del suelo la levanta entre sus brazos.

A discurrir empiezan en los medios que hallarse pueden de evitar el daño, y por el mío, todos aconsejan, [p. 9] que envíe Apolo un plenipotenciario.

Que este lleve el aviso y el decreto, y también los poderes necesarios, entregarse en todos los abortos que la queja y enojo han motivado.

Todas se conformaron a este acuerdo, por parecerlas ser muy acertado enviarles la noticia del castigo, que a sus culpas estaba destinado.

Halláronse después en el empeño de no tener quien fuese a ejecutarlo, pues mortal racional de quien valerse no habita en el distrito del Parnaso.

El acuerdo ya estaba decidido, el mensaje ya estaba decretado; solamente faltaba aquel ministro, que debía partir a practicarlo.

Para salir de tantas confusiones al vulgo de los brutos apelaron, que no es la vez primera que los brutos hacen papel en lances apretados.

Eufrosine propuso que la zorra era animal astuto, cuerdo, y sabio, y que solo a sus máximas podía fiarse de este empeño el fin tan arduo.

Que con maña y ardid atar sabría, por salir con su empresa, bien los cabos, atrayéndose a sí los corazones [p. 10] con las simulaciones de su trato.

Pero Talía pertinaz se opuso a que la zorra entrase en este encargo, diciendo que era asunto muy honroso para un bruto insidioso y tan liviano.

Volvió la ansiosa vista a todas partes y aunque yo procuraba, agazapado, ocultarme en el centro del abismo, porque no me acechasen, me atisbaron.

“Gracias a Apolo —dijo,— que, piadoso, de tan grande conflicto me ha sacado; este ratón que oyó todo el discurso es quien puede servirnos de emisario.

Es animal astuto, cauteloso, sagaz, sutil y muy determinado, capaz de conseguir tan ardua empresa y de cumplir en todo tu mandato”.

Yo procuré escaparme, más no pude porque todas las ninfas me cercaron, y, más preso que en una ratonera, me fue imposible el escurrir el lazo.

Todas conmigo corren a la vista de Apolo, tan gozosas del hallazgo que consentí, como sucede a muchos, ser sujeto muy útil al Estado.

Aunque esta vanidad no fue bastante a que dejase de llegar, temblando, a la vista de Febo, el que me dijo: [p. 11] “Oye mis advertencias con cuidado:

En cuanto a lo primero, mi embajada imprime en ti un carácter soberano; de este nunca decaigas aunque veas llover en tí miserias y trabajos.

A la Corte de España por la posta has de partir, pero entra disfrazado, procurando mirar por las esquinas cuantos papeles fueren anunciando.

Después procurarás introducirte en tertulias, cafés y en estrados, que así descubrirás cuánto se escribe, y si no basta cómprate el Diario.

Por él sabrás cuántos papeles salen y aún muchos hallarás en él copiados; no te pares a verlos, que no quiero que malgastes el tiempo aún en mirarlos.

Procura, sí, saber dónde se imprimen y qué prensas tan craso humor sudaron, que, infestando del aire la pureza, todo Madrid padece su contagio.

En ellas lograrás introducirte con cautela y ardid y, en encontrando el fárrago copioso de sus obras, sea tu diente su cuchillo infausto.

Ya veo que es empresa muy prolija para que la ejecute solo un brazo, pero doite licencia que puedas, [p. 12] para alcanzarla, convocar tu vando.

No quede, no, ratón en madriguera de sótano, desván, despensa o patio, que de ti no se halle prevenido, y en mi nombre no sea convocado.

La plaga de ratones sustituya a la que hay de escritores, pues yo hallo que, aunque ambas son molestas, la segunda es la que causa más tremendo el daño.

No dejéis, pues, de tanto necio escrito uno que no se vea cancerado y hecho menudas piezas, esparciendo entre los basureros los pedazos.

Roed cuantos halláseis sin reserva; ninguno del castigo sea indultado pues, aunque entre ellos haya algunos buenos, sufrirán el castigo de los malos.

Si afligido fue Egipto con las plagas hasta llegar a conocer su engaño, padezca ahora Madrid la de ratones, pues en su vicio está tan obstinado.

Ínterin que no estén arrepentidos, ni dejasen la pluma de la mano en la cama, en la mesa, en la visita, no les dejéis un punto de descanso.

Roedles las palabras, las acciones, los gestos, la vianda y todo cuanto tuviesen destinado a su recreo [p. 13] y pueda conducir a su regalo.

Y porque crean evidentemente de dónde les proviene tanto estrago y logren el remedio con la enmienda, en las esquinas fijarás mi vando”.

Esto dijo, y gozosas ya las musas de verle en sus rigores tan templado, me animan a que parta en el momento, besando para hacerlo su real mano.

Este soy yo; mi comisión es esta: a Madrid por la posta he caminado, donde es preciso que mi encargo cumpla, pues me precio de fiel y buen vasallo.

Guárdese de mi diente agudo y fiero todo escritor; o cese en su trabajo mientras ven en el vando que aquí fijo lo que les manda Apolo soberano.

VANDO

Yo Apolo, soberano dios de Delo,
padre preclaro de las luces bellas,
presidente de todas las estrellas,
alma del mundo y corazón del cielo,
por cuanto miro el grave desconsuelo
con que España me dobla sus querellas
al ver arados como plumas, y ellas
[p. 14] arando en el papel, como en el suelo,
para que logre eterno su descanso
ha resuelto mi justa providencia
que se destierre de ella todo ganso.
Ordeno, pues, por última sentencia,
que o a arar se vayan plumas tan mestizas
o queden convertidas en cenizas.
Y, a fin que nadie alegue la ignorancia
de este vando y precepto soberano,
se manda publicar en las esquinas,
y demás sitios, siempre acostumbrados.
Dado en el Pindo, a 26 de agosto
mil setecientos ochenta y seis años,

por comisión de Apolo Augusto Numen.

Yo el ratón del Parnaso: Delegado.

FIN.

[p. 15] [En blanco]

[p. 16] [En blanco]